



ANIMALES SAGRADOS_

Desde el Fondo de la Palabra XIII. Una fiesta inolvidable

Por_ Tomás Vio Allende

Era una noche de esas bien frías de invierno. Estábamos en cuarto medio, a meses de salir del colegio. Todo empezaba un viernes, el último día de la semana. Nos juntamos cinco amigos en la esquina de mi casa y caminamos hacia una fiesta que quedaba a seis o siete cuadras de distancia. Nadie manejaba o tenía auto, pero nos encontrábamos en el barrio de siempre a una distancia segura. Benito fue el primero en llegar; después lo hicieron los hermanos Opazo, el Keule y yo, siempre el último en aparecer. Éramos compañeros de curso, de salidas nocturnas; llevábamos una vida juntos en el barrio y en el colegio. A los diecisiete o dieciocho años, vaya que eran importantes la confianza y la hermandad.

Nos desplazamos por la noche como jóvenes pistoleros, riéndonos del sonido brusco de los bototos de milicos comprados en el mercado persa por los hermanos Opazo. Todo hacía presagiar que la fiesta cerca de La Cañada sería buena, aunque éramos colados, ya que sólo el Keule había sido invitado por Gonzalo, el dueño de casa.

Llegamos y entramos sin problemas. Era un lugar de dos pisos, no demasiado grande. El papá de Gonzalo no estaba, pero llegaría luego. Viajaba fuera de Chile al otro día. Aparte de Gonzalo y mis amigos no conocía a nadie salvo a Greta, a la que divisé en una esquina del patio. Ella iba en un curso más abajo que yo, el tercero A. Había sido mi polola unos meses atrás.

Greta me miraba de reojo. Se notaba que sentía un poco de amor-odio por mí, porque había sido yo quien terminó la relación. Igual me gustaba, no lo niego; tenía lo suyo, pero yo estaba con mis amigos. A esas alturas de mi vida no quería que me cuestionaran dónde andaba, qué hacía, con quién estaba, qué respiraba, qué comía. Quería sentirme libre.

—¿Cómo has estado?

Greta me golpeó suavemente en la espalda y me pilló volando bajo. Estaba vestida de negro con su pelo cobrizo teñido con henna y cortado al estilo Cleopatra. Me sentía como en una escena clásica de «La chica de rosa» o «Algo maravilloso», comedias románticas gringas ochenteras que abordaban el clásico drama de chico conoce chica.

«Bien», serio y la quedé mirando.



Al otro lado del patio mis amigos nos observaban y reían haciendo gestos infantiles en forma de corazón, igual que cuando uno pololeaba con una compañera en básica. No había nada más estúpido que esa situación de ex hablando como ex, pensando en que ya nada era igual que antes. Y era cierto. No conversamos mucho rato y volví a juntarme con el grupo. Me molestaron un rato largo. Gonzalo había optado por una música alternativa, tipo “discoteque Blondie”, con canciones de Lou Reed y Bauhaus. No le conocía esa faceta gótica. «*Bela Lugosi is dead*», sonaba en el equipo Akai de última generación. Keule y los hermanos Opazo —que andaban juntos para todos lados— se metieron en las piezas de la casa a explorar. Me quedé en el *living* mientras Greta seguía mirándome de reojo. En los parlantes sonaba «*Love will tear us apart*» y yo no sabía qué hacer. Benito bailaba como enajenado; había hecho buenas migas con Antonia, la hermana de Gonzalo. Miré mi reloj y ya eran más de las dos. El Keule y los hermanos Opazo me llamaron discretamente. Querían que fuera a la pieza de Gonzalo. Llegué disimuladamente. Me mostraron un terrario grande arriba de una mesa. Adentro había unas plantas, un par de piedras grises, un calentador y una iguana verde esmeralda, de un tamaño relativamente pequeño para los dos metros que llegan a medir esos reptiles. Aluciné, siempre me habían gustado las iguanas; de hecho quería tener una, pero mis padres nunca me dejaron.